

Una Revolución Silenciosa

Jesús Trillo-Figueroa Conde

Ed. Libroslibres 2007

LA REVOLUCIÓN DEL AMOR

«No sé por qué me salvó la vida. Quizás, en esos últimos momentos, amaba la vida más de lo que la había amado nunca. No sólo su vida; la vida de todos, y mi vida. Todo lo que él quería eran las mismas respuestas que todos buscamos: de dónde vengo, a dónde voy, cuánto tiempo me queda. »

BLADE RUNNER (palabras pronunciadas en *off* por Deckard en la versión de! productor. De esta película se hizo posteriormente la versión del director que suprime la voz en *off* del protagonista principal interpretado por Harrison Ford)

A diferencia de la filosofía antigua, la filosofía moderna no se interroga por el *esse* — el ser— o la realidad existente fuera de nosotros. Pero tampoco se contenta con el *cogito* — el «pienso luego existo»—, con interrogarse acerca del pensar. Por el contrario, es el *existir* el dato inicial, el «fenómeno» que el hombre puede sentir y conocer inicialmente, el que luego le conduce al ser. Es por tanto, desde la existencia donde empieza a plantearse el pensamiento del hombre actual. Así lo hicieron Sartre y Beauvoir y pensaron que el hombre es un ser arrojado al mundo, sin sentido y condenado a la libertad, que sin previa determinación se hace asimismo.

En discrepancia con ellos, y de otros muchos como los que hemos hablado antes, pienso que el hombre no ha sido puesto en el mundo con una libertad vacía; sino con una libertad para algo, para hacer el bien: para el amor. Por esta razón, el hombre será juzgado según la medida del amor. Efectivamente las cosas pueden verse de otra forma. A lo largo de la historia la mujer se ha interrogado cual es el sentido de la vida que ella transmitía, y todas las que pensaron que merecía la pena el dolor de su embarazo, pensaron que el fin no podía ser otro que el logro de la felicidad ¿Pero como se logra la felicidad? La respuesta es de nuevo: *haciendo el amor*. Pero no con la finalidad política de hacer la revolución, o la mas simple de tan solo darse placer erótico, sino con la finalidad humana de amar al otro. Este amor erótico nada tiene que ver con el erotismo del 68.

El *eros* forma parte del amor, no nace del pensamiento o de la voluntad, es algo que se impone al ser humano. Para los griegos era un arrebató, una locura divina, que prevalece sobre la razón y que arranca al hombre de la limitación de su existencia. Es un pregonar de lo divino y cualquiera que lo haya experimentado sabe que esto es cierto, para quien cree y también para quien no cree. Pero el *eros* necesita disciplina y purificación para dar al hombre, no el placer de un instante, sino un modo de hacerle pregonar en cierta manera lo más alto de su existencia. Y esto afecta tanto al cuerpo como al alma con la cual se forma una unidad. El *eros* degradado a puro cuerpo, a puro sexo, se convierte en mercancía

simple, que se puede comprar y vender, por eso la exaltación del sexo puede convertirse en odio a la corporeidad, y el exceso del placer, en el hastío, la hartura y la degradación.

«Ciertamente el *eros* quiere remontarnos en éxtasis hacia lo divino, llevarnos más allá de nosotros mismos, pero precisamente por eso necesita seguir un camino de ascesis, renuncia purificación y recuperación». Estas son palabras de Benedicto XVI que podría suscribir cualquier persona no religiosa que haya experimentado el amor sexual; él no hace más que repetir el concepto de erotismo que puede encontrarse en Platón. En la concepción platónica el *eros* no puede ser un Dios pero sí un impulso divino. En cuanto deseo *eros* manifiesta una carencia, pero en cuanto que es capaz de elevarse hacia lo que refleja la belleza manifiesta su riqueza. En el diálogo *El Banquete* Sócrates se responde ¿que es *eros*? ¿Cuál es su origen? y ¿a donde conduce a los amantes *eros*? Y responde que es un vínculo o nudo que esta intermediando entre la vida humana y la divina; es un vínculo que está vacío, para llenar con amor el espacio entre los dioses y los hombres. *Eros* contempla las cosas bellas y tiende hacia ellas; es anhelo por poseerlas y requiere su adquisición y su posesión; y para qué queremos poseerlas, para ser felices. Pero ¿qué deseo puede llamarse amor en el discurso de Platón? solamente el deseo de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno; que, cuando se encuentra se quiere poseer para repetir la verdad, el bien y la belleza encontrada. Pero el *eros* es un concepto relativo, hace referencia a otro, salir de sí, deseo de... el *eros* expresa alteridad: El *eros* es el deseo del otro, hace siempre relación al otro, a la pareja. Así la persona poseída por el amor erótico se encuentra con otra persona, a la que identifica como su verdad, su bien y su belleza, y entonces en el placer y el éxtasis del amor, requiere la reproducción de lo poseído; por eso Platón decía que el amor es engendrar en la belleza. Para realizar lo anterior el amor exige completarse con la entrega del ser deseado, recíprocamente. Con la donación de si, completa, el hombre y la mujer completan el amor. Esta segunda acepción del amor es la que se expresa con la palabra griega *ágape* que significa donación, entrega. Ambos, *eros* y *ágape* completan la comunión de un sexo con el otro sexo, que es lo que puede considerarse el amor completo.

Esta concepción del amor es justo la contraria de Sartre y de Beauvoir. Para ellos el *ser en sí* es todo, algo que no tiene libertad, es la necesidad. Solo *el ser para sí* es propio del hombre libre en que se manifiesta la existencia. La famosa trascendencia de Beauvoir no es otra cosa que salir del *ser en sí*, para llegar a ser un *para sí*. El amor es un proyecto existencial de ser todo para el otro, de convertirse para este en el único sujeto, *el ser para sí* del otro. Pero desde que el amado corresponde al amor del amante también quiere ser *el ser para sí* del amado. En consecuencia el amor es *una pasión irrealizable y absurda*, si el amante no puede todo para el otro intentara destruirlo, aniquilar su libertad, por eso el amor es lucha, es guerra; de esta concepción del mundo nació el *feminismo socialista*.

Pienso por el contrario que el amor surge de la persona humana como una característica inherente a su naturaleza. El ser humano como ser personal, es un *ser con*, un ser para el otro; en colusión: *es un ser que ama*. En él, el amor tiene una triple dimensión, de origen, de ejercicio, y de fin; es la causa misma de la humanidad, en su triple dimensión:

eficiente, modal y final; que se manifiesta también temporalmente también en tres momentos diferentes, en primer lugar en un momento anterior a nuestra propia existencia, el amor nos precede pues somos hijos del amor, producidos por el amor; y ese *sentirse amado* es lo que nos da la conciencia de ser persona, de nuestra dignidad. En un segundo momento nos referimos al amor en cuanto acto personal y consciente, ese amor que está vinculado a un acto de encuentro personal con el otro, con la persona amada, que es el *momento de la verdad*, por que con él, el hombre encuentra su verdad, su sentido. Y el tercer momento es el del amor como fin, el amor comunión, el amor de entrega que da lugar al don real de sí mismo. En definitiva se puede llegar a afirmar que todo este proceso en el hombre y en la mujer es un «ser hija, ser esposa, para llegar a ser madre». Y digo madre, por que sólo la mujer es capaz de saber que se es hijo o hija del amor de una madre, sólo la mujer es casi siempre afectividad además de sexo, y sólo ella puede ser madre; por eso la mujer es el arquetipo de humanidad.

Éste concepto del erotismo y del amor nada tienen que ver, con el sentido narcisista de la revolución sexual, que hemos relatado anteriormente. El *sexo* forma parte de la naturaleza del hombre, ello es verdad y así lo pensaban Reich o Marcuse, pero es sólo parte de lo humano, no todo lo humano, como estos postularon, por lo tanto constituye una mentira peligrosa, porque recoge y absolutiza una parte de la verdad. El hombre vive de sexo, pero no sólo de sexo, como también vive de pan pero no sólo de pan. El hombre no puede ser una criatura unidimensional dominada por el instinto sexual, ni mucho menos ser víctima de un poder que impone un erotismo narcisista como principio de placer, y realización de la utopía. Se atribuye a Sócrates el dicho de que *el poder mejor es el dominio sobre sí mismo*. La primera utopía política escrita por el hombre, con el nombre de *La república*, fue obra de Platón, en ella se decía: «para un Estado ideal el problema de cómo dominará sus pasiones una juventud libre de trabajos manuales, despreocupada de los agobios de la vida y sin otro quehacer que las fiestas, los sacrificios y la gimnasia, debe ser digno de la mayor atención del legislador».

El sexo no es un accidente, ni siquiera es un atributo del ser, forma parte constitutiva del propio ser. Esta no ha sido la visión tradicional de la filosofía, ni de la ética, ni de la teología. Cuestión que parece difícil de entender para quien no sea filósofo, pero no es tan complicado. Aristóteles dice que la naturaleza humana tiene sustancia y atributos, la sustancia es aquello que se diferencia de los atributos, porque éstos pueden predicarse de otra cosa, mientras que la sustancia es aquello de lo que puede predicarse todo, pero no puede ser predicada de otras cosas; el paradigma de una sustancia así entendida es el hombre, que no puede entender su humanidad, propiedad de otra cosa sino solamente de sí mismo. Pues bien el sexo no es un atributo, es decir a algo que pueda predicarse de cualquier naturaleza humana, sino que forma parte de la esencia, de forma que se es persona humana masculina o persona humana femenina. El sexo humano condiciona la persona humana en su propia constitución en lo que Zubiri denominaba «personidad» distinguiéndolo de «personalidad». La persona humana no es solamente incomunicabilidad, es decir, alguien irrepetible, sino también algo relacional como decíamos antes. Esta

dimensión relacional de apertura a los demás, que los personalistas como Mournier consideraban tan importante, es algo que está en la estructura de la persona, de la cual se deriva posteriormente sus operaciones. Zubiri considera que cuando los personalistas afirman, por ejemplo, que la personalidad se constituye en su relación con el tú, se podría pensar que la persona se reduce a relación, porque no explica que haya nada previo. «Parece que lo que se afirma es que las personas se constituyen en la relación». Si así fuera antes de las relaciones concretas, la persona no sería. Por eso no es así sino que hay dos planos: el constitutivo y el operativo. A esos dos planos corresponden, según Zubiri, la personeidad y la personalidad. El sexo condiciona a la persona desde la personeidad, de manera que en su operar actuará sexualmente como mujer o como hombre. Desde esta comprensión se entiende como el hombre no es un ser que se hace socialmente, es decir, producto de la sociedad, del sistema, de las relaciones de producción, o del discurso. Tampoco el sexo es un producto social. El sexo forma parte de la realidad ontológica y gozosa del ser de la persona. Esta concepción de sexo distingue al sexo humano del puramente animal. Para el hombre, el sexo se realizará con libertad; por el contrario, para el animal, será por pura necesidad.

El museo Whitney de New York celebra los días en los que terminó de escribir este libro el 40 aniversario del verano del amor del 67, con una exposición sobre el arte de la era psicodélica que recuerda la revolución sexual que surgió en aquellas fechas. No hace mucho tiempo una conocida revista norteamericana especializada en la tercera edad realizaba una encuesta, a modo del famoso informe Kinsey o la posterior encuesta de Masters and Jonson, sobre el comportamiento sexual de hombres y mujeres de la llamada generación de los *baby boomers*, la generación nacida en la posguerra, que llegó a la madurez en una época en la que la revolución sexual hizo su explosión. El título de la encuesta es expresivo *La segunda revolución sexual*, porque considera, que así como una píldora cambió la vida sexual de toda una generación, de nuevo otra píldora la Viagra, ha vuelto a cambiar 40 años más tarde la vida sexual de aquella generación. Lo más curioso es el cambio radical que se ha dado en las costumbres y en la opinión que sobre el sexo y la pareja manifiestan las personas encuestadas. Ellos se sienten felices de que la ciencia le haya proporcionado la posibilidad de aumentar su vida sexual, pero el 95% de los encuestados manifiestan que no harían ningún tipo de práctica sexual que no fuera con su pareja de siempre, y que consideran determinante el ideal de la fidelidad. La mayoría considera que la relación sexual satisfactoria es importante, pero lo es más el buen humor, la buena salud, las relaciones cercanas con los amigos y familiares, la seguridad financiera, y el bienestar espiritual. El 63% de los hombres y mujeres que tienen pareja se descubrieron asimismo como extremadamente satisfechos con sus vidas sexuales. Lo que contrasta más con las ideas de los años 60 es que las tres cuartas partes de las parejas consultadas lo que más destacan son los valores que se asocian al ejercicio del sexo, como la afectividad, la ternura y el amor. Algo está cambiando en la sociedad en la que vivimos. Los Estados Unidos suelen ir al menos 20 años por delante, y es curioso que en la portada del resultado de esta encuesta aparezca la fotografía del inolvidable director de hotel de la película *Pretty*

Woman (dirigida por Garry Marshall, en 1990). Esta película expresa bien el cambio de tendencia que empezó a darse en los Estados Unidos en torno al sexo. El planteamiento surge en un ambiente de total liberación sexual, en la relación entre una prostituta y un tiburón de las finanzas. En un principio mantienen una relación puramente materialista en la que ella es el objeto de placer de él, a cambio de dinero. Pero con el tiempo llega el amor, ella permite que él le bese, y encuentra una nueva dimensión en su vida: ya no puede seguir siendo una pura mercancía sexual, necesita ser reconocida como persona, necesita al otro, y vivir con él de tu a tu. Él a su vez, deja de ser un tiburón en el mundo de los negocios y empieza a ver a los trabajadores de las compañías que compra y trocea, como personas con las que construir algún proyecto común, y en ella ve a una persona, digna de ser amada, sin la cual no tiene sentido seguir la vida, y por ello decide casarse con ella y formar una familia, a pesar de los prejuicios sociales.

El amor sigue siendo el único posible final feliz, lo que salva, lo que redime. Y la mayoría de la gente se siente dichosa con ello. El amor es lo que humaniza el mundo materialista en el que vivimos, aún en el caso más antihumanista que podamos concebir cómo es el caso del *cyborg*. También el cine nos proporciona la metáfora adecuada al caso, la película *Blade Runner*, que como expusimos es el modelo de Donna Haraway. La película nos sitúa en la ciudad de Los Ángeles treinta años después del momento en el que se desarrollaba el romance glamoroso de *Pretty Woman*, en este caso es una ciudad devastada por la polución y por la tecnología, en donde la sustitución de lo natural por lo artificial es completa. En ese mundo los personajes que se mueven son androides, clones de los seres humanos creados mediante ingeniería genética. Es el sueño del feminismo socialista: la total emancipación de Dios, de la naturaleza, y del cuerpo. La película nos narra cómo los *cyborg* andan perdidos por ese mundo en busca de sentido, al por qué de su creación, y al destino de su final. Ellos «fueron diseñados como copias de seres humanos en todos los sentidos excepto en sus emociones. Pero los diseñadores creen que, al cabo de unos años, pueden desarrollar sus propias respuestas emocionales: odio, amor, miedo, cólera, envidia...» la secuencia final del duelo entre los dos protagonistas, el aparentemente malo, y el policía bueno; expresa como surge la humanidad en estos androides descubriendo el amor. Para el primero, el amor en un sentido amplio por la propia humanidad, de forma que tiende la mano al segundo para no caer en el precipicio y salvarlo; una mano atravesada por un clavo. El policía bueno reflexiona y se dice asimismo: «no sé por qué me salvó la vida. Quizás, en esos últimos momentos, amaba la vida más de lo que la había amado nunca. No sólo su vida; la vida de todos, y mi vida. Todo lo que él quería eran las mismas respuestas que todos buscamos: de dónde vengo, a dónde voy, cuánto tiempo me queda». Sólo el amor es la respuesta, hasta para el *cyborg*.

Ser mujer no es algo que se hace, sino que se nace y esto lo dice la filosofía, la revelación y la ciencia. Y sobre todo, y al margen de la filosofía, es algo que todos sabemos que es verdad, *por que en el fondo lo sabemos*. Al final este es el criterio al que hay que acudir. En el fondo sabemos que el instinto sexual es natural, que es natural al hombre desear a una mujer; y una mujer a un hombre. Que el amor es mucho más que el solo

placer sexual; y que cuando el amor sexual es ordenado, es lo más sublime que físicamente puede experimentar el hombre. Es necesario recuperar el orden natural de la sexualidad, y aunque parezca mentira en este inicio del siglo XXI, podemos llevar a cabo una auténtica revolución, que reivindique la sexualidad como una manifestación del amor humano. Durante el siglo XX se pensó en gran medida sobre esta cuestión, lo que nunca nadie pudo pensar es que el nuevo siglo XXI fuera tan radical que, de repente, se vuelve a suprimir y a matar al sexo. Ahora no hay sexo, sólo género, no hay diferencias personales o humanas determinadas por la naturaleza, tan sólo hay distintos roles sociales y culturales libremente elegidos. Esto supone acabar con lo más divertido de la vida.

El sexo no es una mera condición biológica determinada a la procreación, una mera condición física determinada por la genitalidad; el ser humano no está encerrado en el mundo en un determinismo biológico, sino que lo que le caracteriza es que puede distanciarse de él, objetivarlo, crear nuevas situaciones con él. La tendencia sexual como instinto es una tendencia biológica, que para humanizarse necesita del amor, pues el placer que conlleva la relación sexual, puede reducir al otro a un simple objeto, a convertirse en un medio para obtener placer. Superar el determinismo biológico y la instrumentación sexual de las personas, solamente puede hacerse contemplando al otro como un ser personal, es decir como un fin en sí mismo, y nunca como un medio. Para ello en principio podría bastarnos con aplicar el segundo de los imperativos categóricos enunciados por Kant: «obra de tal suerte que tu nunca trates la persona de otro simplemente como un medio, sino siempre, al mismo tiempo, como el fin de toda acción», pero el problema es que este criterio da una solución negativa pero no positiva, esta solamente se da través del amor, cuando en el actuar sexual ambas partes de manera recíproca constituyen en un fin, el uno para el otro; con la finalidad última de la existencia de un bien común entre ambos: crear una familia, aunque solo sean dos. Esto puede parecer sacado de una novela romántica, pero es algo que todos sabemos que es real, porque lo hemos experimentado aunque sea por un breve momento. El amor así vivido es atemporal, es un día a día, pero para ello es necesario que constituya un trabajo, una tarea. Sólo el amor puede cambiar el corazón de la mujer y del hombre, sólo el amor puede, por lo tanto, cambiar y hacer cambiar la sociedad; por eso, sólo el amor es un instrumento válido para la revolución.